29

El Cadijeísmo o la educación sentimental del héroe en *El Cautivo de Doña Mencía*

Margarita Almela
UNED. Madrid

El Cautivo de Doña Mencía, cuento publicado en 1897 y perteneciente, por tanto, a la segunda época narrativa de Valera[1], es, por muchos aspectos, una obra típicamente valerina que participa de elementos comunes a toda su narrativa y, como tal, ejemplifica su modo de proceder con la materia literaria, pero también es una obra única por cuanto plantea una historia de amores entre personajes de desigual edad desde la inversión de esta disparidad. Si desde *El Comendador Mendoza* (1876) había presentado tantas veces la posibilidad del amor entre un hombre maduro y una mujer joven, incluso adolescente, hasta llegar en *Juanita la Larga* (1895) a hacer de este problema uno de los motivos principales de la trama novelesca, los amores entre un hombre joven y una mujer madura, de cuya realidad Valera tiene constancia por propia experiencia, nunca habían sido planteados antes en ninguna de sus obras y *El cautivo de Doña Mencía* seguirá siendo una excepción. Lo atrevido del tema justifica por sí solo su ausencia en la narrativa de Valera y en toda la literatura española, al tiempo que evidencia hasta qué punto tenía razón Clarín cuando afirmaba que «Valera ha hablado de cosas de que jamás se había hablado en castellano, y ha hecho pensar y leer entre líneas lo que jamás autor español había sugerido a lector atento, perspicaz y reflexivo», porque ningún autor de su tiempo se había atrevido como él a «pensar sin miedo»[2]

El primer aspecto que me interesa señalar es la motivación externa del cuento y su relación con las motivaciones internas del autor.

El cautivo de Doña Mencía se presenta encuadrado entre dos libros, dos obras ajenas a su autor. Una primera, citada al comienzo en la introducción, que aún no ha sido publicada en el momento en que escribe -pero que Valera ha visto anunciada en un catálogo de librería-, la cual versa sobre la historia de Córdoba y su comarca. Valera se apresura entonces, recordando antiguas conversaciones con Aureliano Fernández Guerra y espoleado por el deseo de contribuir a su manera en la

1 La producción narrativa de Valera está dividida en dos épocas separadas por un período de catorce años que va de 1880 a 1894.

2 «El libre examen y nuestra literatura presente», *Solos de Clarín*, Madrid, Fe, 1891, 4ª ed., p. 70.

reconstrucción de la historia de su tierra, narra una anécdota que bien *pudo suceder* en el castillo de Doña Mencía. Es decir, según la teoría aristotélica, hace poesía, o literatura, tomando la Historia como tema.[3]

El segundo libro incide de una forma diferente sobre *El cautivo de Doña Mencía.* Si el conocimiento del primero arrancaba en Valera la respuesta de sumarse con un discurso *poético* o literario a las voces eruditas que iban a dar una información histórica, este segundo libro de ensayo le propone una teoría basada en ciertos ejemplos de la historia, de los que es paradigmático, para su autora, Rose Cleveland, hermana del que fue presidente de los Estados Unidos, el caso de Cadijah y Mahoma, y de los que Valera considera que el caso de Beatriz Enríquez y Colón es otro ejemplo que corrobora la teoría. Pero Valera no utiliza la historia real de Beatriz Enríquez y Cristóbal Colón para ejemplificar la teoría, sino que construye, imagina y desarrolla un caso particular mucho más significativo de una mujer -doña Mencía-, que intuye y revela a un hombre que aún no lo siente como suyo -un Gonzalo Fernández de Córdoba de dieciséis años-, un destino importante, y le inspira «el brío y la confianza que son menester» para alcanzarlo.

Podría esto parecer una profunda contradicción con las reiteradas declaraciones de Valera de que sus obras no demuestran ni quieren demostrar nada, que sólo pretenden entretener y ser un contrapunto a la literatura de tesis. Pero dejando a parte la discusión sobre si es posible que una obra literaria no enseñe o demuestre nada, siendo, como decía Valera, el reflejo del «alma» del autor, al tratarse de un caso de ficción construido *ad hoc*, pierde su cualidad probatoria, convirtiéndose en un caso particular en que las cosas son así y no de otro modo por voluntad de su autor, sin que por ello pueda elevarse a ejemplo de validez universal, como hubiera pretendido un autor realista que se propusiera demostrar una tesis.

El hecho de ser historia fingida convierte al cuento de Valera en mero juego literario que nada prueba ni nada puede probar. Pero este juego propuesto por Valera, que requiere tanta complicidad del lector, hace de su obrita, como discurso -en el sentido en que considera Bajtin la obra literaria-, parte de un diálogo a varias voces que tiene como interlocutores al autor del libro sobre la historia de las ciudades, villas y fortalezas del antiguo reino de Córdoba, al ensayo sobre la *Fe altruista* de las mujeres de Rosa Cleveland, a los autores realistas de obras de tesis y al lector que se ve impulsado a opinar sobre todo lo propuesto.

Volvamos al libro de Rose Cleveland que Valera menciona sólo en el último párrafo del cuento, como apostilla:

---

3 También en *el último pecado* y *El San Vicente Ferrer de talla* la lectura de *Estudios sobre la Historia del arte escénico en España*(2 vols. Madrid, 1896 y 1897) le motiva a completar la historia de *la Caramba* que su autor, Cotarelo, apenas sugería, y en *El bermejino prehistórico* la Biblia le había inducido a imaginar historias relacionadas con la reina de Saba, apoyado en un supuesto descubrimiento, realizado por su narrador interpuesto don Juan Fresco, de unas inscripciones glíficas en cuevas de la comarca egabrense donde el arqueólogo Manuel de Góngora Martínez había localizado curiosas inscripciones de una cultura neolítica que dio a conocer en su libro *Antigüedades prehistóricas de Andalucía* (Madrid, 1868).

> Al referir esta historia (...) no puedo menos de recordar un estudio que escribió y publicó años ha Rosa Cleveland (...) El estudio se titula *Fe altruista*, y procura demostrar que la capital misión de la mujer es la de revelar al hombre sus altos destinos, alentarle en la lucha e inspirarle el brío y la confianza que son menester para alcanzarlos.

Pero, muy al contrario, la historia de los supuestos amores entre el Gran Capitán adolescente y doña Mencía no le han traído a la memoria el ensayo de Miss Cleveland, sino que éste ha sido el punto de referencia para construir su historia de ficción y ha inspirado directamente gran parte de la carta de doña Mencía -momento culminante de la narración.

Como en tantas otras ocasiones la obra que provoca la respuesta dialógica de Valera no es precisamente un libro de gran valor literario ni filosófico, sino una obrilla que ha pasado inadvertida y que no he encontrado citada por ninguno de nuestros autores. Me atrevería a asegurar que tan sólo Menéndez Pelayo la conoció y poseyó un ejemplar de ella: el que Valera le envía en marzo de 1886 desde Washington.

La primera mención que Valera hace de este libro la encontramos en una carta a Menéndez Pelayo, fechada en New London, donde pasaba el verano huyendo de los calores de Washington, el 6 de agosto de 1885, en la cual anuncia a su amigo que piensa enviarle «un libro semi-tonto, pero curioso, por ser la autora Miss Cleveland, la hermana del Presidente.»

De estas palabras podemos deducir que el libro le parece curioso por ser la autora quien es, pero que su juicio sobre el mismo es bastante desfavorable. No obstante, que en marzo del año siguiente vuelva a mencionarlo comunicándole a Menéndez Pelayo que se lo ha enviado, nos hace sospechar que le parece curioso por algo más que ser obra de Rose Cleveland, aunque esto le sirva como coartada o disculpa, y así debemos entenderlo cuando, corroborada por Menéndez Pelayo la recepción del tomo de artículos en carta de 5 de octubre de 1886, reitera Valera que lo envió «no por su valor, que es poco, sino por la curiosidad de ser obra de la hermana del presidente, lo cual le valió que todos, en los Estados Unidos, le comprasen.»

Tanta insistencia resulta significativa e indica, al menos, que Valera compartía la teoría que expresa la autora americana en el ensayo *Altruistic Faith*, contenido en su libro *George Eliot's Poetry and other studies*[4], tanto más cuando encontramos referencias explícitas a este ensayo y a la teoría del cadijeismo en varios artículos de Valera.

Tal vez la referencia más significativa sea la que encontramos en la crítica sobre «*El gusano de luz*, novela andaluza de Salvador Rueda», de 1889, donde Valera decía que, aunque los amores «más conformes con la estética, con la moral y con la fisiología (...) son aquellos en que la diferencia de edad entre las dos personas que componen la pareja amante no pasa de diez años, que ha de tener el novio o galán sobre la novia o dama», «hay otras dos clases de amores, frecuentes, razonables y

---

4 New York, Funk & Wagnalls, 1885, pp. 43 y ss.

benéficos». «Nada más frecuente», pues «está sucediendo todos los días», según su opinión, que los amores que inspiran los hombres de cincuenta años a mujeres jóvenes, incluso a jóvenes de quince años, sin que esto pueda considerarse «extravagante delirio». Pero no es menos natural, aunque sea menos frecuente, una tercera clase de amores,

> encomiada en elocuentísimo tratado por la señorita Rosa Cleveland, hermana del actual presidente de los Estados Unidos. Podemos apellidar esta clase de amores *fe altruista*, que es el nombre que le da la ilustre miss, o bien *cadijeo*, del nombre de Cadijah, primera mujer de Mahoma, a quien dicha miss pone por dechado, espejo y faro de este linaje de enamoradas.
>
> Augusto Comte y los demás positivistas, sobre todo cuando siguen la corriente mística y humanitariorreligiosa, coinciden en alabar estos amores y ven en ellos la más alta misión de la mujer. Hay un joven tímido, de gran capacidad, pero que vacila, que desconoce su aptitud y que ignora su misión. Entonces la mujer de corazón y de experiencia, impulsada por el amor y por la *fe altruista*, debe acudir a revelar esa misión al joven, a hacer que no vacile, a mostrarle el punto adonde debe encaminarse y a servirle de guía y de apoyo; ser, en resolución, la Egeria del nuevo Numa, la Cadijah del nuevo Mahoma, la Juana Welch del nuevo Carlyle o la Clotilde de Vaux del nuevo Augusto Comte. Para subir a esta altura de *santa* del positivismo religioso, de escudriñadora y reveladora de *genios*, de esposa y madre espiritual de *apóstoles* y de *profetas*, es evidente que la dama ha de tener bastante más edad que el galán. A Mahoma apenas le apuntaba el bozo cuando Cadijah, que era ya jamona, aunque de muy buen ver, se prendó de él y descubrió sus aptitudes proféticas.[5]

Dejando de lado el tono irónico que traslucen algunas expresiones de esta cita, sobre todo las que en el segundo párrafo se refieren a Comte y el positivismo, que no gozaban, precisamente, de la admiración de Valera -como queda demostrado en multitud de críticas formuladas a lo largo de muchos artículos-, e incluso en la jocosa calificación de «jamona» referida a Cadijah, es evidente que Valera toma en serio la importancia que Rose Cleveland concede a este tipo de relaciones y cree en su acción beneficiosa sobre el hombre. Aquí ya no es el ensayo de miss Cleveland un libro «semi-tonto», sino un «elocuentísimo tratado», y el concepto de *fe altruista* o *amor cadijeo* una categoría, avalada por los positivistas, para definir una clase de relaciones amorosas.

Pero ya unos meses antes, entre mayo y octubre de 1888, en la serie de *Nuevas cartas americanas*, contestando a lo largo de cinco artículos (el sexto está dedicado a otro folleto del mismo autor) a la *Circular religiosa* de Juan Enrique Lagarrigue[6], había expuesto Valera parte de las ideas que desarrolla en «El gusano de Luz» de

---

5 «*El gusano de luz*, novela andaluza de Salvador Rueda», *Obras Completas* de Juan Valera, Madrid, Aguilar, 1961, t. II, 3ª ed. p. 782.

6 Santiago de Chile, 13 de octubre de 1886. Es curioso cómo despiertan el ingenio de Valera y espolean su espíritu de contradicción muy a menudo obras insignificantes de autores menos que mediocres, que, sin embargo, utiliza como excusa para dar su opinión y desarrollar sus razonamientos sobre los más variados temas.

1889, y hasta es posible que los argumentos referidos de Comte se los sugiriera, precisamente, la mencionada *Circular religiosa*, y la ironía que allí percibíamos derive tal vez de la contradicción que Valera observa en los positivistas.[7]

Posteriormente, en 1891, en el artículo destinado a dar su opinión desfavorable a la admisión de mujeres en las Academias, dentro del debate planteado a raíz de la pretensión de Emilia Pardo Bazán de ser elegida académica de la lengua, Valera vuelve a reiterar la «honda impresión» que le ha causado *Fe altruista* por «la elocuente descripción del maravilloso destino de la mujer» consistente en adivinar la aptitud del hombre, señalar su misión, presentir su gloria y darle bríos, alientos y esperanza para conseguirla[8]. Creo oportuno decir que bastaría este sólo artículo para conocer la opinión de Valera respecto al papel de la mujer en una sociedad de hombres y las contradicciones de su pensamiento pues, reconociendo el valor objetivo de las obras femeninas y la capacidad de la mujer para la literatura, las artes y las ciencias, las cuestiones sociales, usos y costumbres, suponen un impedimento insalvable para la aceptación de la incorporación de la mujer, en igualdad de condiciones, a la vida institucional, política y cultural. Nadie se lleve a engaño respecto a las ideas de Valera en este campo. Sin embargo, el reconocimiento de la capacidad intelectual de la mujer obliga constantemente a Valera a plantear en sus obras literarias casos de mujeres que demuestran su superioridad frente a los hombres, en pensamiento y voluntad, dentro de los estrechos límites del ámbito privado.

Aún en 1902, en el capítulo X de *Meditaciones utópicas sobre la educación humana*, titulado «Importancia de la mujer en el progreso y cultura del linaje humano», vuelve Valera sobre el mismo asunto, refiriéndose esta vez al mencionado ensayo como «preciosa disertación»[9]

Es evidente, por tanto, que desde la primera referencia de la carta a Menéndez Pelayo de 1885 Valera ha tenido presente el concepto de «amor cadijeo» cada vez que ha tratado el tema del papel de las mujeres en la sociedad y ha intentado divulgarlo en España, no sólo a través de artículos de prensa, sino también mediante su aplicación a un cuento histórico. Todo lo cual evidencia hasta qué punto coincidía Valera con esta idea. Y no creo descabellado suponer que tal coincidencia viene condicionada por su experiencia personal con Lucía Palladi, *la Muerta*, de quien Valera decía ser la persona a quien más había querido.

Concebido *El cautivo de Doña Mencía* como un ejemplo de *fe altruista* o amor cadijeo de una mujer de 37 años por un joven de dieciséis, incorpora en su discurso el de la autora americana, lo hace suyo, es su respuesta de asentimiento y corroboración. Si en la autora americana el ejemplo paradigmático era un caso alejado en el

---

7 contradicción en la que él también caerá en el artículo de 1891 que veremos ahora. El artículo que estamos comentando es «Nueva religión», *Nuevas cartas americanas, Obras Completas*, t. III, Madrid, Aguilar, 1958, pp. 314-344.

8 «Las mujeres y las Academias», *Obras Completas*, t. II, p. 861.

9 Véase *Meditaciones utópicas sobre la educación humana, Obras completas*, t. III, p. 1411.

tiempo, comúnmente aceptado, por conocido, perteneciente a una cultura extraña a occidente, Valera trata de acercar su ejemplo algo más a la mentalidad de sus lectores, aunque mantenga la distancia temporal. No se limita a constatar un hecho sabido, sino que lo crea, lo imagina para sus lectores y, lo que es más importante, al explicar este amor, sus razones, su complejidad, al tratar de exponerlo desde el interior del alma femenina, busca conseguir de sus lectores la comprensión y aceptación de este tipo de amor como algo natural, lógico incluso -o al menos posible-, tal y como había manifestado en el artículo de 1888.

La narración comienza «allá por los años de 1470», en el castillo de Doña Mencía, cuya fortaleza era un punto estratégico de importancia en las guerras fronterizas que tenían lugar entre moros y cristianos por esas fechas del reinado de Enrique IV. En el castillo, la bella alcaidesa, sobrina del conde de Cabra y viuda, desde hacía veinte años, de un caballero aragonés venido a Andalucía para ponerse al servicio del conde, lleva una vida retirada y austera.

Doña Mencía recibe el encargo de su primo, el mariscal don Diego, de custodiar en su fortaleza a un joven prisionero, persona principal, cuyo nombre el mariscal tenía mucho interés en que no se supiese. Un día, un percance entre el joven -que no cuenta más de dieciséis años- y su doncella Leonor, obliga a doña Mencía a llamarlo a su presencia para reprenderle. De esta primera entrevista nacen unos encontrados sentimientos en la viuda, quien imagina que su joven prisionero es el vivo retrato de su marido y se ve asaltada por extraños sueños en que los dos hombres se confunden. A partir de entonces se opera un cambio en la austera castellana, y el narrador advierte al lector de que el primer narrador de la historia, don Juan Fresco, «pasa aquí sobre ascuas, sin aclarar ni determinar nada», por lo que él mismo declara:

> Yo no he de ser más explícito y terminante que mi tocayo. Diré sólo que pocos días después, doña Mencía apareció más bella y remozada, iluminando su rostro una alegría dulce y mucha satisfacción y contento, vistiéndose con más primor y saliendo a caballo a dar largos paseos por los más solitarios y ásperos caminos, acompañada sólo del mancebo cautivo y del anciano Nuño.[10]

Las murmuraciones de los guerreros de la hueste no tardan en llegar a oídos de doña Mencía y, bien por esta causa, bien por recomendación del padre Atanasio, su confesor, decide dejar en libertad al joven. Unos días más tarde el mariscal don Diego pide cuentas a su prima del prisionero y la alcaidesa le dice que ha sido devuelto a Montilla con la promesa de éste no revelar nunca a su hermano, don Alonso de Aguilar, el nombre de quien le robó y le tuvo prisionero.

Después de esta entrevista, que acaba de forma poco amistosa, doña Mencía abandona el castillo e ingresa en el convento de Santa Clara, en Córdoba, tras escribir una extensa carta que Nuño entrega en secreto al hermano menor de don Alonso de Aguilar, en Montilla. Cuatro años más tarde muere en su retiro conventual doña Mencía.

---

10 *Obras Completas* de Juan Valera, Madrid, Aguilar, 5ª ed., 1968, p. 1173.

Más de cuarenta años después, Gonzalo Fernández, convertido en el Gran Capitán, confiesa ante su anciana parienta Beatriz Enríquez que

> Ninguna [mujer] ha derribado y arrojado del santuario de mi alma la venerada imagen (...) de la mujer que me reveló a mí mismo mi ser propio; que tal vez con la virtud creadora de su amor sembró en mi espíritu el germen de todo lo bueno y de todo lo noble que he podido hacer en mi vida.[11]

El narrador ha tratado de mantener la duda sobre la consumación de los amores de doña Mencía y el Gran Capitán adolescente a lo largo de su relato, pues el sexto capítulo acaba con la mención de la muerte de doña Mencía, el séptimo lo ocupa íntegramente el texto de la carta que ésta envía al joven Gonzalo Fernández -y es, por tanto un discurso en primera persona que no pertenece al narrador-, y el octavo y último es el epílogo que refiere la conversación entre el gran Capitán y Beatriz Enríquez cuarenta años después de los sucesos que narra el cuento. Sólo en el cuarto capítulo se alude a los posibles amores desde el punto de vista de un observador interesado, Nuño, que no puede dar crédito a los síntomas que observa, y desecha, «como suposición maliciosa, la idea de que doña Mencía tuviese amores», aunque no le quepa duda del «vehemente enamoramiento del mozo». Los argumentos que operan en Nuño son, además de la discreción de la pareja en público, los que harían inadmisibles para cualquiera estos amores:

> La desproporción de edad hacía, por último, inverosímiles las relaciones amorosas. Doña Mencía hubiera podido ser holgadamente madre de aquel lindo muchacho.[12]

Aun después de que los rumores decidiesen a Doña Mencía a separarse del joven, el narrador trata de mantener la ambigüedad en frases como la de «fuesen como fuese sus relaciones con el rapaz misterioso...»

«Sólo los guerreros de la hueste lo veían claro», y el narrador se ve obligado a dar cuenta de ello, pues «muchos de ellos, menos respetuosos que Nuño, y con muchísima menos fe en la probada austeridad y virtud de la alcaidesa, afirmaban, con más malicia que respeto, que aquella ilustre dama no desdeñaba las pretensiones del misterioso cautivo casi adolescente.» [13]

Evidentemente, llegado ese momento, al lector le caben menos dudas que a los soldados acerca de estos amores, a pesar de los esfuerzos del narrador, quien se ha limitado a dar cuenta de los cambios externos operados en la protagonista: la «alegría dulce y mucha satisfacción y contento» que revela su rostro y el rubor con que responde a las ardientes miradas del muchacho. En suma, ha hecho explícito lo que los personajes del cuento pueden ver y no afirma ni niega las consecuencias que de tales síntomas aquellos y los lectores puedan sacar.

---

11 *Obras Completas*, t. I, p. 1179.
12 Ibidem, p. 1173.
13 Ibidem.

Todos estos esfuerzos del narrador, sin embargo, resultan finalmente inútiles, y hasta improcedentes, cuando en el capítulo séptimo la protagonista confiesa, en primera persona, con el testimonio de la carta, la verdad de sus amores:

> Dios habrá de perdonarme si me complazco en recordar mi extravío, no para llorarle y lamentarle arrepentida, sino para deleitarme y glorificarme en su recuerdo. (...) No creas que me ofusqué, que me cegué y que no comprendí desde el primer momento la intensidad y la fealdad de mi delito y el casi irresistible impulso que a cometerle me llevaba. Claro apareció en mi conciencia el amor que me habías inspirado, y cuán abominable lo hacía la gran diferencia de nuestra edad, más propia que para convertirme en amiga o en esposa tuya, para prestarme, con relación a ti, por manera espiritual, el casto y limpio carácter de madre.
>
> Yo, con todo, no supe resistirme. Fue mi pasión tan vehemente que, no ya inútil, necia y vulgar me pareció la resistencia. (...)No extrañes, pues, que, vencida y rendida yo, cayese desde luego en tus brazos sin defenderme, y te diese mi corazón y fuese toda tuya.
>
> (...) Ahora que me dirijo a ti acuden a mi mente, la turban y la llenan de amargo deleite aquellos momentos de embriaguez amorosa y de completo abandono en que toda yo fui para ti y creí que eras tú todo mío.
>
> (...)Adiós. No me llores por desventurada. ¿por qué no confesártelo? Estoy orgullosa y soy dichosa por mi propia falta. (...) No quiero yo que me olvides, dueño mío. Tuya soy yo, toda yo y por toda la vida. Recuérdame, pero más con ternura que con pena. Y adiós de nuevo y para siempre.[14]

Por curioso que parezca, el narrador ha tratado de mantener una duda razonable, con multitud de argumentos, sobre lo que el autor declara, por medio del personaje, unas páginas después. Tal vez mediante este artificio Valera quiera dejar a salvo su moralidad: es la propia doña Mencía, en una carta autógrafa, quien declara sus amores, no el narrador. Tal vez el juego parezca algo ingenuo para el lector actual, pero con él Valera nos dice lo que desde el principio quería decir, pretendiendo convencernos de que no lo dice.

La extensa carta, que, como ya dije, ocupa todo el capítulo séptimo, se convierte en punto cenital de la narración no sólo porque el asunto del cuento tiene en ella su desarrollo, con la exposición de todo el proceso de enamoramiento, consumación y separación de los amantes, sino también porque en la confesión, explicación y justificación de la conducta femenina, hecha desde la primera persona, asistimos, como ya dije, a un caso insólito en la literatura española.

Una vez más Valera ha conseguido un estudio psicológico femenino utilizando el estilo directo en primera persona. Es en esta segunda etapa narrativa cuando Valera emplea más insistentemente el discurso en primera persona de los personajes femeninos, en forma de carta, memorias o confesiones, para mostrar la complejidad de sus caracteres y de las motivaciones de sus actos.[15] La fuerza con que se nos revela doña

---

14 *Obras Completas*, t. I, pp. 1176-1178.

15 Recuérdese, por ejemplo, la carta de María Antonia Fernández, *La caramba*, en *El San Vicente Ferrer de talla*, las *Confidencias* de Rafaela la *Generosa* en *Genio y figura*, o las de *Elisa la Malagueña*.

Mencía a través de sus propias palabras deja aún más oscurecido el perfil del personaje masculino, que apenas había sido, en los seis capítulos precedentes, el objeto de la pasión de la protagonista. Sólo el saber que se trata de un personaje histórico de grandeza probada justifica ante el lector la fe que en su destino pone esta mujer, según declara en su carta. Esta aventura del personaje masculino, anterior a su conversión en héroe, adquiere su importancia en la biografía del héroe precisamente por tratarse de un encuentro trascendental que repercute intensamente tanto en su educación sentimental como en el proceso de aprendizaje y transformación, de simple personaje circunstancial en la vida de la mujer, en héroe histórico y novelesco. Será pues, este encuentro de Gonzalo Fernández de Córdoba con doña Mencía el punto de partida de la historia del Gran Capitán, según declara el personaje:

> ella hizo patente a mi alma la por ella soñada grandeza que mi alma tenía, me infundió la fe que en mí puso, convirtió mi ambición en deber de gratitud hacia ella, y me obligó a ser grande para que ella no fuese ni motejada de ligera ni tenida por mentirosa.[16]

Frente a lo convencional y anodino del personaje masculino en el cuento, Doña Mencía se revela como una mujer singular, que no sólo no se arrepiente de su «pecado», es decir, de su amor, sino que se enorgullece de él, a pesar de asumir y compartir los prejuicios que sobre el mismo pueden tener tanto sus «contemporáneos» como los lectores de 1897. La admiración y respeto que esta actitud despierta en el propio narrador se hace patente en todo el tono del relato, confirmándose finalmente en la apostilla que cierra el cuento, y que no es otra cosa que la justificación de su conducta mediante la apelación a la autoridad del ensayo tantas veces mencionado.

Pero, como sabemos, *Fe altruista* ha inspirado directamente la carta en que doña Mencía, además de declarar su amor, alienta a su joven amigo y le profetiza grandes glorias y una importante participación en los destinos históricos de su patria:

> He sentido, al verte y al oírte, no atino a explicar qué extraño modo de profética revelación, qué profundo convencimiento, qué fe y qué segura esperanza en tus futuros y soberanos destinos. Sí, yo no he amado sólo en tu persona al gallardo y floreciente mancebo en toda la frescura y lozanía de su edad primera. Yo he amado y prefigurado en ti al héroe en flor, gloria y grandeza de la patria [...] Yo, no sólo veía en tus ojos la llama del amor, sino la luz refulgente y el fuego del entusiasmo con que un numen inspirador encendía tu alma. Yo veía lucir en tu frente la estrella de la inmortalidad, y su resplandor me cegaba: tus sienes se me mostraban circundadas de un nimbo luminoso.
>
> [...] La gloria te quiere para sí, y yo no quiero ni puedo ser rival de la gloria. Básteme la que alcanzo con haber poseído tu corazón y con que me hayas tributado las primicias de tu amoroso y juvenil afecto. Básteme, sobre todo, la gloria de haber sido acaso el primer ser humano que ha visto con toda claridad en tu frente el signo que Dios puso en ella, señalándote así para que honres, prosperes y ensalces a tu pueblo, y para que venzas y domines a los otros.

---

16 *Obras Completas*, t. I, p. 1179.

(...) La única obligación tuya, lo único que me debes es el cumplimiento de mi esperanza y de la fe que puse en ti. No desmayes. Lánzate valerosamente en el sendero de la vida. Sé grande, sé glorioso, como yo te he soñado, y paga así con usura todo el amor que te tuve y que te tengo todavía, y cuantos sacrificios hice a ese amor justificado por tu maravilloso valer y harto premiado por el deleite supremo que logré al ser tu amada.[17]

Para 1897 los lectores de Valera no podían sorprenderse ya de que no exista condena ni castigo del narrador para una mujer que se entrega al amor fuera de las reglas morales fijadas por la religión y la sociedad -inseparables en la época-, porque para Valera tal acto no envilece a la mujer, sino que puede llegar a ser un motivo de exaltación, un clímax tanto de felicidad personal como de su proceso de desarrollo humano, dado que se trata de la consumación del amor y el amor es un estado de perfección humana. De ahí que no haya una visión negativa de estas mujeres en la obra de Valera por el hecho de haber cometido tal «falta». Ni Pepita Jiménez, Ni María o Rosita en *Las ilusiones del doctor Faustino*, ni Inés en *Pasarse de listo*, ni Rafaela en *Genio y figura*, ni donna Olimpia en *Morsamor*, ni Elisa la Malagueña, son censuradas o castigadas por el narrador, y si lo son, como doña Blanca en *El comendador Mendoza*, o Constanza en *Las ilusiones*, no es por este «pecado», sino por otros comportamientos. Tampoco podía ser condenada, por tanto, Doña Mencía, de la que, muy al contrario, se hace una exaltación sin paliativos, cosa que no tendría que sorprender si no fuera porque su falta es más grave que la de sus compañeras, dada la desproporción de edad con su amante. Defender estos amores bien sabía Valera que era difícil y arriesgado, y encuentra en el ensayo de Rose Cleveland, y en el ejemplo de Cadijah, el argumento y la autoridad para plantearlos y justificarlos Pero sabe también que no hubieran podido ser aceptados por sus lectores si los hubiera presentado como algo normal, cotidiano y contemporáneo, y busca la coartada que le proporciona ofrecerlos como una anécdota histórica de personajes reales.

La afición de Valera por la Historia queda patente al observar sus artículos y ensayos críticos, su interés lo demuestra el hecho de que incluso proyectara una colección de historia universal para Montaner y Simón y que fuera continuador de la *Historia General de España* de Modesto Lafuente. A Valera le importa de cada suceso el antes y el después, la cadena de causas que enlazan los momentos temporales del devenir humano, pero no sé si esto es suficiente para explicar la gran proporción de obras narrativas y dramáticas a las que dio, si no un carácter histórico, si un marco histórico para su desarrollo. Creo que al interés, innegable, por la historia como disciplina hay que añadir la consideración de que los tiempos pasados y los períodos y culturas poco conocidos son susceptibles de ser «manipulados» por el novelista y ofrecen la posibilidad de hacer creíbles y admisibles casos que la realidad contemporánea y cercana haría muy problemáticos.

---

17 *Obras Completas*, t. I, pp. 1177-78.

En *El cautivo de Doña Mencía* Valera actúa con la historia como en muchas otras ocasiones y elige un período histórico utilizado más de una vez para exponer su idea de España al filo del 98.

Hemos de tener en cuenta que la apelación a la autoridad indemostrable de un testimonio fiable o de un documento, de cuya autenticidad sale fiador en último término tan sólo el narrador o el autor, es un recurso de inducción realista que Valera toma directamente de Cervantes y utiliza de forma recurrente. Desde el hallazgo de los papeles del Deán que contienen la historia de *Pepita Jiménez*, o los descubrimientos arqueológicos que don Juan Fresco realiza, emulando a Manuel de Góngora y Martínez, los cuales le permiten conocer las aventuras del *Bermejino prehistórico*, hasta la supuesta aparición en el monasterio de la Cava, cerca de Nápoles, de unos *Anales* de la Orden de San Benito que dan cuenta de ciertos sucesos de las mocedades de Bernardo del Carpio en *El caballero del Azor*, o el desciframiento de los papiros de la colección del archiduque Raniero, entre los que se encuentran supuestamente las confidencias de *Elisa la Malagueña* -por citar tan sólo unos cuantos ejemplos-, Valera suele presentarnos sus narraciones como la transcripción casi literal de historias cuya autenticidad debe ser aceptada por el lector en función del testimonio que de la misma nos da el narrador, aunque este mismo plantee a menudo sus dudas al respecto, no haciéndose responsable, por tanto, de lo que *otros* han dicho y que, por lo mismo, puede ser o no creído por el lector. Recurso este que, evidentemente refuerza la sensación de verosimilitud del relato.

En este caso la autoridad invocada es la de Aureliano Fernández Guerra, a cuya memoria está dedicado el cuento[18]. Pero es el caso que por estar muerto Fernández-Guerra en la fecha de composición del cuento, y por no haber en ninguno de sus escritos referencia a los hechos que aquí se cuentan, la indemostrabilidad de la fuente es absoluta. Pero es más -y aquí entra en juego la ironía de Valera-, a pesar de que la amistad entre ambos data desde la infancia y de que las citas y referencias a don Aureliano son frecuentes en los trabajos de crítica de Valera, no parece que éste fiara mucho en el criterio del historiador, según se desprende de su correspondencia[19], e incluso hubo un tiempo largo en que las relaciones entre ambos fueron más que frías a raíz de la crítica que Valera hizo a su visión del *Quijote*. Por ello, el citarlo aquí como autoridad para apoyar la historicidad del relato más bien parece un guiño a aquellos lectores que conocen lo que Valera piensa de él como historiador.

---

18 Dice Valera: «me inclino (...) a creer que en mi historia, si hay alguna ficción, hay también mucho de verdad en que la ficción se funda: el grave testimonio de mi querido y erudito amigo don Aureliano Fernández-Guerra, a quien oí referir no pequeña parte de los sucesos cuya narración me complazco en dedicar ahora a su inolvidable espíritu.

Don Aureliano tenía hacienda de olivar y viña en el cercano lugar de Zuheros (....) y se preciaba de saber, y había investigado y de seguro sabía, todo cuanto desde muchos siglos atrás había acontecido en aquella comarca. A pesar de todo desisto de averiguar, para no comprometerme, lo que hay de verdad y lo que hay de mentira en el cuento, y voy a referirle aquí como me le contó mi tocayo.» (*Obras Completas*, t. I, p. 1169).

19 También en sus «Notas biográficas y críticas» puede leerse esta opinión de Valera: «En otros puntos, la fantasía de don Aureliano, apoyándose en la erudición, llega a dar por ciertas cosas harto difíciles de creer» *Obras completas*, t. II, p. 1322.

Con todo esto, la indemostrabilidad de la verdad histórica del cuento le permite imaginar, inventar y sugerir, al tiempo que da al lector libertad para aceptarlo o no. Pero si la lejanía del tiempo histórico puede permitir el planteamiento atrevido de estos amores, el marco histórico elegido no los hace más aceptables -como sí podía ocurrir por ejemplo en *Elisa la Malagueña* o en las *Leyendas del antiguo Oriente*-, y Valera se ve obligado a darles una solución asumible por sus lectores. Ocurre en este caso como en *Doña Luz*, donde un planteamiento más atrevido que en *Pepita Jiménez* del conflicto entre amor humano y amor divino, obliga a una solución trágica. Suficiente es que el narrador se haya atrevido a plantear como posibles los casos, aunque después se vea obligado a darles una salida acorde con la moral social y religiosa de su época.